

RECUPERAR LOS VALORES

La reciente formalización de la Lógica permite alcanzar en algunos temas éticos fundamentales más certeza aún que la que atribuimos a dos y dos son cuatro.

José m^a méndez*

1. La sorprendente anticipación de San Agustín

D*ei dilectio prior est ordine praecipiendi; proximi autem dilectio prior est ordine faciendi (CCL 36, 174).* El amor a Dios es lo primero en el orden del precepto; el amor al prójimo es lo primero en el orden del cumplimiento. 607

Sin duda el amor a Dios es más digno, elevado o excelente que el amor al prójimo. Es el primero en este sentido, indicado ya por el mismo Evangelio. Pero si no amamos al prójimo, no podemos amar a Dios, dice San Juan. Hay un segundo criterio, según el cual los dos grandes amores se ordenan al revés de lo indicado por el primer criterio. Y entonces el primer mandamiento es el amor al prójimo.

¿Hay alguna manera de superar esta aparente contradicción?

Muy fácil. Imaginemos los dos grandes amores como dos peldaños de una escalera.

Hay que empezar subiendo el primer escalón, y sólo entonces se puede alcanzar el segundo. Obviamente el amor a Dios es el peldaño más alto, y significa mayor excelencia que el amor al prójimo, pues exige el cumplimiento previo del primer escalón, ciertamente menos excelente o alto que el segundo.

La gran anticipación de San Agustín consistió en ver las dos dimensiones

* José maría méndez es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

necesarias para jerarquizar adecuadamente los valores. La dimensión vertical u *ordo preacipiendi*, que Scheler llamaría luego *altura* (*die Höhe*), y la dimensión horizontal u *ordo faciendi*, que Hartmann denominaría más tarde *fuerza* (*die Stärke*)¹. La altura indica la *cantidad de valor*, por así decir, mientras la fuerza expresa la mayor urgencia o exigencia previa en el cumplimiento de los valores.



Estas dos dimensiones no sólo no se oponen entre sí, sino que se refuerzan y complementan mutuamente. *A más altura, menos fuerza, y a menos altura más fuerza*. El amor a Dios tiene la máxima altura y menos fuerza que el amor al prójimo. En cambio el amor al prójimo posee la máxima fuerza –es por donde hay que empezar– y menor altura o dignidad intrínseca que el amor a Dios..

Nótese además una sutil diferencia entre las dos dimensiones, aunque sólo más adelante explicaremos su significación.

La dimensión horizontal es ordinal. Se trata de un orden impuesto por una condición necesaria o *sine qua non*. Si *no* amas al prójimo, *no* amas a Dios. Por eso la dimensión horizontal carece de sentido a la izquierda del origen.

La dimensión vertical en cambio tiene un cierto significado cuantitativo o cardinal. El amor a Dios excede o supera al amor en prójimo en *cantidad de valor*, como antes hemos dicho². Con todo, su impreciso aspecto de magnitud basta para que la dimensión vertical pueda continuar hacia abajo, o en sentido negativo, indicando entonces lo antivalioso.

2. Max Scheler (1874-1928) y Nicolai Hartmann (1882-1950)

La Axiología, o *Filosofía de los Valores* como al principio fue llamada, no tiene, todavía, cien años de antigüedad. Scheler y Hartmann, las dos grandes

¹ La *Ethik* de Hartmann se publicó en 1926. Pero sólo en 2011 ha aparecido en castellano (Editorial Encuentro, Madrid). En ella se traduce *Stärke* por *fortaleza*. Parece preferible usar *fuerza*, para evitar la confusión con la tradicional tercera virtud cardinal, y que nada tiene que ver con lo que Hartmann pensaba.

² La *altura* de Scheler no es una magnitud cardinal estricta. Al no ser definible la unidad de valor, la altura es en la práctica ordinal. Reproduce el orden que la fuerza establece con toda nitidez mediante la noción lógica de condición necesaria. Intuir directa y claramente la altura relativa de dos valores es ordinariamente muy impreciso e incierto. Pero no imposible. Todo camarero intuye lo mismo la mayor altura del cliente que paga la cuenta y deja propina que la menor altura del que paga la cuenta pero no da propina. Con todo, Scheler nunca aclaró qué es exactamente lo intuido en la magnitud de la *altura*.



columnas sobre la que se asienta, escribieron sus memorables obras a principios del siglo ^{xx}.

En 1912 apareció el libro de Scheler *El formalismo en la ética y ética material de los valores*. Fue saludado como un hito en la historia de todo el pensamiento filosófico, y lo era. Reivindicaba una intuición directa de los valores, distinta e independiente de cualquier otro departamento del razonar humano.

Y además jerarquizaba los valores según su altura o valiosidad intrínseca. Cuando más alto es un valor, tanta más dignidad o excelencia posee. La mayor altura pensable es Dios, origen y manantial de todo posible valor. La valiosidad descende por tanto de arriba abajo.

No es el caso de detenerse aquí en los peldaños valiosos, o más bien barrotes, que Scheler distingue en su escalera de mano de una sola dimensión. Basta con que nos quedemos con la idea de que él define con suficiente claridad la noción de la dimensión vertical de la *altura* y postula que la valiosidad es descendente en ese único criterio de ordenación.

Hartmann publicó su *Ética* catorce años después del trascendental libro de Scheler. Aceptó, y reafirmó con su enorme prestigio académico, la fundamental propuesta de una intuición axiológica como fundamento de esta nueva rama de la filosofía, que hasta tiempos tan recientes había permanecido ignorada.

Scheler fijaba su atención, sobre todo, en los valores aislados que percibimos en acciones humanas concretas. Hartmann añadió que la intuición axiológica funciona también con parejas de valores. Captamos una nítida prioridad en la ejecución. Hemos de cumplir el valor más fuerte antes que el menos fuerte.

Nos demos cuenta con toda claridad de esa prioridad en los conflictos de valores. Si no podemos cumplir con los dos valores a la vez, y no hay más remedio que violar uno para vivir el otro, el valor más fuerte tiene la preferencia. La legítima defensa es el caso más obvio. En condiciones normales respeto mi propia vida y respeto la de los demás. Pero en el dramático conflicto entre ser matado por el agresor o matarle, el respeto a la propia vida es el valor más fuerte y tiene la preferencia. En esa extrema situación violar el respeto a la vida ajena es visto como un mal menor.

Pongamos un ejemplo adecuado para estos tiempos de crisis económica: tengo dos ofertas de trabajo y sólo dos.

A. El jefe es antipático y siempre está de mal humor, pero paga religiosamente a fin de mes y cualquier trabajo extra que surja. Es justo pero no es amable.

B. El jefe es simpatiquísimo y resulta muy agradable tratar con él, pero paga tarde y mal a fin de mes, y más aún los trabajos extra. Es amable pero no es justo.

Todo el mundo prefiere la opción A a la B. Encontramos aquí la racionalidad que invocamos. La frase *prefiero la justicia sin amabilidad a la amabilidad sin justicia* nos parece tan convincente o persuasiva como pueda serlo la frase *dos y dos son cuatro*.



Dicho de otro modo. La justicia sin amabilidad es todavía algo estimable. Pero la amabilidad sin justicia previa es vista como hipocresía o zalamería estudiada para mejor engañar. No se trata de un verdadero valor, sino de su máscara o falsa apariencia.

No tiene sentido comparar la amabilidad a secas con la justicia. La falta de amabilidad no descalifica la justicia. En cambio la falta de justicia descalifica de todo posible valor a la amabilidad. Si acaso, habría que comparar el jefe justo y amable a la vez con el jefe justo pero no amable. Los dos son valiosos, pero el primero más que el segundo.

Obviamente, la altura-fuerza combinadas permiten extrapolar el ejemplo de San Agustín a todos los ámbitos valiosos. Con ese doble criterio tratemos de avanzar hacia una jerarquía objetiva de los valores.

3. Increíblemente Hartmann pensó siempre la fuerza como vertical

Él era ateo convencido y obstinado. Aceptada la fundamental y trascendente idea de intuición axiológica introducida por Scheler, y también la jerarquía que de ello resultaba, había que rechazar a Dios como fuente de la valiosidad. Hartmann quería oponer su axiología atea a la axiología teísta de Scheler. Por tanto, la valiosidad para Hartmann es ascendente, va de abajo arriba, al contrario de la de Scheler. Los valores más bajos otorgan valiosidad a los más altos. Creía encontrar razones para ello en su discutible metafísica, escrita con anterioridad a la *Ethik*.

610

Al igual que Scheler, él pensó siempre en una escalera de mano enteramente vertical y con barrotes, en vez de una escalera con peldaños y dos dimensiones.

En esa única dimensión vertical, la diferencia está en el sentido descendente o ascendente de la valiosidad. Ambos autores nunca cayeron en la cuenta de la necesidad de dos dimensiones para jerarquizar los valores adecuadamente. En este aspecto la Axiología debe a San Agustín tanto como a Scheler y Hartmann.

Nos puede parecer increíble que una mente tan preclara como la de Hartmann se ofuscase hasta el punto de no ver lo obvio. Los muchos ejemplos que él mismo ofrece sugieren constantemente la integración de la fuerza con la altura. Sin embargo, nunca se dio cuenta de que la fuerza, tomada como dimensión horizontal, no sólo no se opone a la altura vertical, sino que encaja con ella y la enriquece. La información que nos proporcionan ambos criterios se apoyan y refuerzan mutuamente.

Scheler prometió responder a Hartmann. Por desgracia su prematura muerte en 1928 le impidió hacerlo. Pero aunque lo hubiera hecho, ni uno ni otro autor hubieran salido probablemente de una jerarquía unidimensional y exclusivamente vertical. Hubiera sido una polémica estéril, aunque sin duda muy sonada.

Afortunadamente una Axiología que busque la racionalidad tiene un prome-



tedor camino abierto en la estela abierta por San Agustín, o sea, dos dimensiones axiológicas.

4. Antivalores éticos

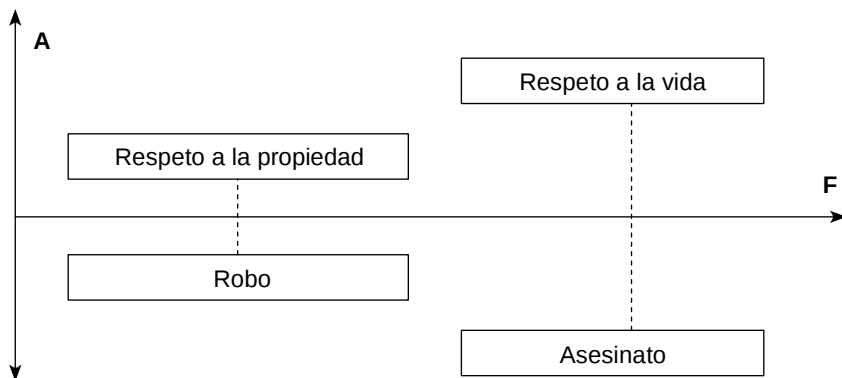
La altura-fuerza combinadas permiten también ubicar los antivalores con la misma eficacia que los valores. Ya advertimos que la dimensión vertical o altura tiene sentido positivo y negativo. La distancia del valor al eje horizontal, que además de expresar la fuerza es el eje de indiferencia axiológica o cero de altura, indica su dignidad o excelencia. Igualmente la distancia del antivalor al mismo eje indica su gravedad o malicia.

Un ejemplo bien corriente nos puede orientar.

¿Qué valor es más alto o excelente: el respeto a la vida o el respeto a la propiedad? Casi todo el mundo responde que el respeto a la vida, porque la vida es un bien más estimable que todas las riquezas de este mundo.

Pero si preguntamos ¿qué antivalor es más condenable o perverso: el robo o el asesinato? Ahora todo el mundo sin excepción y sin duda posible responde: el asesinato.

Ubiquemos esas dos respuestas en nuestro esquema bidimensional:



611



Sin duda la posición de los dos antivalores es correcta. Un asesinato es peor que un robo; está a mayor distancia del eje horizontal. Pero la ubicación de los respectivos valores de Respeto es sospechosa. ¿Qué Respeto presupone al otro? Ya vimos que la justicia sin amabilidad no pierde su valor. En cambio la amabilidad sin justicia es pura farsa sin valor alguno.

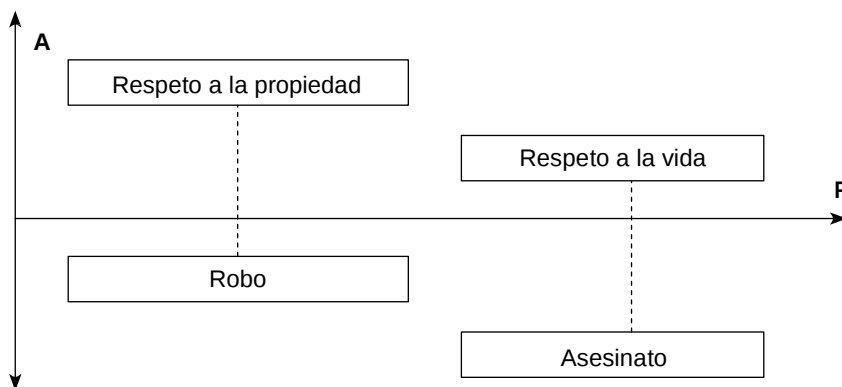
Hagamos las dos preguntas paralelas.

¿Tiene sentido el Respeto a la vida sin Respeto a la propiedad? La respuesta nos la da el *ladrón de guante blanco*. Si tiene que hacer daño físico a su víctima, no la roba. Ciertamente no respeta la propiedad, pues es un ladrón. Pero hemos

de concederle al menos que respeta la vida. Justamente por eso le alabamos indirectamente con la expresión *guante blanco*. Está en la misma situación del jefe justo, pero no amable. Observamos que el valor más bajo y más fuerte no pierde su valiosidad intrínseca, porque le falte el complemento deseable del valor más alto y más débil.

¿Tiene sentido el Respeto a la propiedad sin Respeto a la vida? Imaginemos un terrorista que, después de asesinar a su víctima, presume de que no es un ladrón. Hubiera podido impunemente quitar la cartera al muerto, pero no lo hizo. ¿Le reconoceremos algún mérito por ello, o más bien volvemos a la hipocresía y el cinismo del jefe amable pero injusto? Si no respetas la vida, tu imaginario Respeto a la propiedad ajena es pura apariencia. En rigor, si no respetas la vida, ya no respetas nada.

Contrariamente a nuestra primera impresión el Respeto a la propiedad es el valor más alto y menos fuerte. Corregiremos el dibujo así



612



Tenemos entonces la agradable impresión de haber ganado en racionalidad. La gradación o inclinación de los valores se reproduce en los antivalores. Y observamos, no sin cierto asombro, que la distancia entre un valor y su correspondiente antivalor es la misma para todas las materias valiosas. En realidad, es lo esperable de la regla antes mencionada: *a mayor altura menor fuerza y a menor altura mayor fuerza*. Pues rige lo mismo para los valores que para los antivalores.

La etiqueta del valor indica su máximo cumplimiento y la etiqueta del antivalor su máxima violación. Entre medias están los cumplimientos parciales y las violaciones menos graves. Pero en este breve trabajo prescindimos de ellos.

¿Dónde estaba la clave del error? Muy sencillo. Lo valioso en sí no es la vida como tal, sino el Respeto a la vida. Lo valioso en sí no es la propiedad como tal, o los bienes objeto de esa propiedad, sino el Respeto a la propiedad. Los valores éticos de Respeto están en las conductas humanas, no en la materialidad de las



cosas respetadas. Al no tener en cuenta este detalle, puede pensarse equivocadamente que el Respeto a la vida sea más alto que el Respeto a la propiedad.

Así pues, ante la perentoria intimación del atracador *¡la bolsa o la vida!*, la gente no duda en entregar su dinero. Repitamos nuestra invocación a la racionalidad. La frase *prefiero la vida sin bolsa a la bolsa sin vida* tiene en la práctica la misma potencia de convicción que pueda tener en la teoría la frase *dos y dos son cuatro*.

Una Axiología racional y razonada es la única manera de recuperar los valores. Otra cosa es que para ello sea preciso estudiar y pensar, en vez dejarse llevar por los sentimientos ciegos.

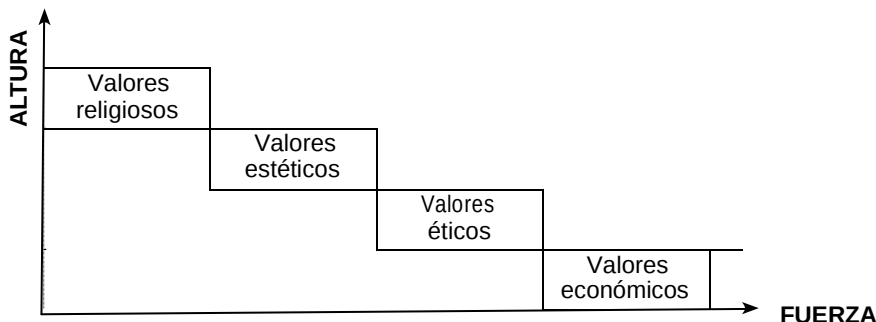
5. Los cuatro estratos valiosos básicos

La palabra *valor* se puso de moda en la terminología filosófica, y aun saltó al lenguaje de la calle, a mediados del siglo ^{xix} y de la mano de un autor hoy prácticamente desconocido, Rudolf Lotze (1817-1881). En el último cuarto de ese siglo, y sobre todo en el fecundo ambiente intelectual que florecía entonces en Prusia y Austria, surgió una abundante literatura sobre los valores (*der Wert-die Werte*). Se propusieron en esos años múltiples clasificaciones de los valores, y desde las perspectivas más dispares. Aunque nunca se abordó seriamente la definición o clarificación del concepto filosófico de valor. Eso sólo empezó en el siglo ^{xx} con Scheler y culminó con Hartmann.

Con todo hay una interesante enseñanza que cabe decantar de toda esa literatura sobre los valores, tan abundante cuanto hoy día olvidada. Curiosamente, en el esfuerzo por identificar con un mínimo de precisión los ámbitos o reinos

valiosos más extensos o genéricos, casi todos los autores estuvieron de acuerdo en señalar estos cuatro: economía, ética, estética y religión.

Lo más destacable para nosotros es que esos cuatro ámbitos o reinos más generales o básicos de los valores encajan perfectamente en nuestro esquema altura-fuerza³.



El escalón más bajo y fuerte es obvio: *primum vivere*. Santo Tomás hablaba incluso de un mínimo necesario de bienes materiales para practicar la virtud. Son valores de cosas y no de personas. No valen por sí mismos, sino en la medida en que sean medios útiles para que las personas vivan los valores propios y que valen por sí mismos: éticos, estéticos y religiosos. Pero están ciertamente a la base de la escala. Por ahí hay que empezar la ascensión axiológica, que va engrandeciendo a la persona y dando a su vida su exacto sentido.

614



A continuación está el escalón de los valores éticos o estrictamente obligatorios. La palabra *virtud* se entiende referida siempre a lo ético, moral u obligatorio, como la justicia, por ejemplo. La sola omisión de un valor ético es ya una violación axiológica. Los valores éticos han de ser vividos *semper et pro semper*, como decían los medievales.

El tercer peldaño es la vida estética. Kierkegaard pensaba que la ética era más digna o alta que la estética. También muchos autores se dejan llevar por esta primera impresión. Pero el ejemplo de la amabilidad estética sin justicia ética previa les hubiera sacado de dudas. Lo más característico de los valores estéticos es que no son obligatorios. Hay que cumplirlos *semper sed non pro semper*. Ni siquiera hay que vivirlos todos, sino sólo algunos. Una vida sin estética no sería humana.

Por último, la Religión es la cima de la escala. Una religión sin estética esta-

³ Los escalones se enlazan unos con otros porque se da una continuidad axiológica, como en el dibujo sobre el amor a Dios y el amor al prójimo. En cambio, esa continuidad no hay que darla por supuesta cuando se comparan dos valores sueltos y aislados. Es el criterio seguido en los dos dibujos sobre los valores de respeto a la vida y a la propiedad.

ría mutilada. Una piedad sin justicia es fariseísmo. El fanatismo religioso que no respeta la vida es monstruosamente repugnante.

El valor religioso por excelencia es el sufrimiento. No es un valor ético, porque no es obligatorio. Tampoco es estético, porque no es agradable. Tiene una valiosidad nueva y superior. La aceptación del sufrimiento puede convertir un criminal en un santo.

Con todo, lo más importante es que las dos dimensiones de la altura y la fuerza combinadas vuelven a ser la clave que confiere objetividad a toda la escala valiosa⁴.

6. Formalización de la Lógica

Los dibujos anteriores suponen una semiformalización del lenguaje ordinario. La localización de los puntos en el plano cartesiano no es menos rigurosa que *dos y dos son cuatro*. Eso ya es mucho en orden a confirmar la racionalidad de la Axiología.

Y sin embargo aún disponemos de un arma todavía más poderosa. Todo el mundo usa ordenadores, pero son muy pocos los que saben que hemos construido ordenadores gracias a que se ha formalizado la Lógica, la espina dorsal, por así decir, del lenguaje ordinario.

Con cálculos matemáticos muy potentes hemos construido locomotoras, turbinas, aviones, etc. Pero sólo con el nuevo cálculo lógico descubierto por Frege y Peano, que supera en potencia a toda matemática, hemos construido ordenadores.

Pues bien, esa nueva y formidable herramienta permite también formalizar estrictamente algunos conceptos fundamentales a propósito de los valores y hasta de toda la filosofía. No entraremos siquiera en este tema. Baste sólo comunicar la buena noticia.

Los que quieran de verdad recuperar los valores debieran empezar por conocer este cálculo lógico, que ha permitido la actual revolución informática, ciertamente de envergadura superior a la invención de la rueda o al dominio de la electricidad. No sólo sirve para que tengamos ordenadores. También sirve para reexaminar con una luz nueva y potentísima los eternos interrogantes de la filosofía, y más en concreto de la Axiología. No los resuelve todos, pero sí algunos de los más controvertidos y decisivos. ■

615



⁴En www.axiologia.hol.es puede accederse al «Curso Completo sobre Valores Humanos», que desarrolla las ideas apenas esbozadas en este trabajo